ENCUENTROS BAJO EL FAROL

I — Lo que no se puede copiar

Un viajante se detiene bajo un farol y pregunta qué queda de uno cuando las máquinas ya pueden hacerlo todo.

Había un viajante que caminaba de noche porque de día el mundo hablaba demasiado alto.

Llevaba en la cabeza un ruido nuevo: máquinas que hacían en un segundo lo que antes pedía años de oficio. Y se preguntaba, sin decirlo del todo: si todo se puede pedir… ¿qué queda de mí?

Vio un farol. Debajo, alguien que no tenía prisa.

El viajero
Antes el mundo giraba así: alguien hacía una cosa, otro la compraba, el dinero daba la vuelta y volvía a empezar. Ahora le digo a una máquina: hazme la web. Y aparece. ¿Qué ciclo es ese?

El sabio
Es el ciclo que se queda sin suelo. Cuando casi nadie hace falta para producir, el dinero deja de contar lo que escasea… porque de pronto casi nada escasea.

El viajero
Entonces todos le van a pedir lo mismo: hazme dinero.

El sabio
Y cuando todos piden lo mismo, el pozo se llena de agua sin sed. Mucho número. Poco valor. Como imprimir tickets para un tren que ya no cabe más gente.

El viajero
Pero una casa frente al mar… un rincón de París… la tierra, la luz de una ciudad… eso no se imprime.

El sabio
Ahí vuelve el hambre antigua. Lo digital puede ser pan para todos. Lo físico sigue siendo mesa con pocos asientos. Y quien llega pronto a la mesa… a veces cree que la mesa es suya.

El viajero
Suena a reyes y pueblo.

El sabio
Parecido. Solo que antes casi nacías en un lado o en el otro. Ahora parece que se puede subir… hasta que quien sube primero cierra la escalera.

El viajero
¿Y de qué sirve subir, si la máquina ya te da casi todo?

El sabio
No te da más de lo mismo. Te da la llave. Imagina una ciudad donde la comida es gratis… y un solo restaurante con vista. No comes mejor. Decides quién mira el horizonte.

En la red ya no sé qué es verdad. Cualquiera puede llevar mi cara, mi voz, mi discurso.

El sabio
Por eso la verdad se hace pequeña otra vez. Cabe en una habitación. Puedes mirar a cincuenta personas a los ojos. No a cincuenta mil. Lo que se copia vale poco. Lo que no se copia —tu presencia, tu palabra dada sin pantalla— vuelve a pesar.

El viajero
Entonces el tesoro… son las horas. Las mismas veinticuatro, seas rico o pobre.

El sabio
Sí. Y aquí la ironía: las máquinas prometían liberarte del tiempo… y te lo devuelven como el único bien que no pueden fabricar. Aunque ojo: no todas las horas pesan igual. La tuya vale si alguien la busca.

El viajero
¿Cómo se gana eso? ¿Carisma? ¿Belleza? ¿Fuerza?

El sabio
Esos son atajos. La máquina también los imita. Lo que resiste es más humilde y más difícil: que alguien se sienta seguro a tu lado. Que quiera volver. Que confíe sin contrato.

El viajero
Entonces el dinero… era un velo.

El sabio
Un velo útil. Convertía casi todo en tanto por tanto. Pero hay horas que no se cambian. El dinero no inventó el querer ni lo mató: solo lo puso detrás del escaparate. Cuando el escaparate pierde brillo, reaparece lo de siempre: quién te busca, quién te recuerda, quién se alegra de que existas.

El viajero
¿Y hoy? ¿Qué hace uno, mientras el mundo todavía corre detrás del billete?

El sabio
Planta lo que no se devalúa. Relaciones reales. No para escalar. Para tener dónde volver cuando el suspiro del dinero se acabe.

El viajero
La gente solo mira el dinero. Y yo no sé atraer sin pelear, sin que me coman.

El sabio
No fabriques atracción. Sé refugio. La gente no te recuerda tanto por lo brillante que digas… como por cómo se queda el pecho cuando estás cerca.

El viajero
Porque el dinero da un suspiro —viajes, mesas, la sensación de ser libre— y la gente vende ese suspiro como si fuera la casa entera.

El sabio

El viajante no dijo gracias. No hacía falta. El farol seguía igual. El camino, un poco menos oscuro.

Y él siguió andando, con una pregunta nueva en el bolsillo: ¿quién me buscaría… si ya no hiciera falta mi oficio?